

CAEI

Centro Argentino
de Estudios
Internacionales

Violencia étnico-religiosa en el África Subsahariana

by Lic. Escudero Ezequiel

Working paper n° 27
Programa África



Violencia étnico-religiosa en el África Subsahariana

Por Ezequiel ESCUDERO

Lic. en RR.II / Región Geográfica África

Las manifestaciones generales tendientes a relativizar la inmensa complejidad del continente africano están condenadas al fracaso, al partir de una concepción uniforme del mismo. La realidad heterogénea que conforman los novecientos millones de habitantes que lo integran conlleva a un análisis basado en factores clave dentro del entramado que dibuja una de las regiones más enigmáticas del mundo: la conformación de los modernos Estados pos independencia; la multiplicidad de religiones y etnias enfrascadas dentro de territorios “impuestos” por la concepción decantada de la Conferencia de Berlín de 1884; la fragilidad de la gobernabilidad africana, incapaz de forjar su propio rumbo; y la injerencia externa presente más allá de la ruptura con el lazo colonial, ya en sus nuevas formas de dominación con sus nuevos actores en juego y con la premisa histórica de perpetuar en el tiempo la dominador/dominado en su más variada forma.

No obstante es, desde la perspectiva del desarrollo económico, la región más pobre del planeta. Aunque en rigor deberíamos denominarla la más empobrecida del planeta ya que la compleja situación por la que atraviesan sus habitantes no es producto de la falta de recursos naturales o de incapacidades en la gestión para generar beneficios distributivos, sino corolario de siglos de sometimiento al poder externo y de la atrofia de los detentores del poder que ven en esa instancia la posibilidad de perpetuar su gobernanza en detrimento del bien común; así llegaron a justificar su “trono” desde Omar Al-Bashir en Sudán, hasta Muammar al Khadafi en Libia, pasando por el Egipto de Hosni Mubarak. En buena medida, con esto se pretende explicar el “por qué” de este cuadro de situación cuando en África se halla el noventa y siete por ciento de las reservas mundiales de cromo, el ochenta por ciento de las de coltán, el cincuenta por ciento de las de cobalto, y la lista sigue aún más.

Esta “maldición de los recursos naturales” se traduce en un dato categórico: África es el lugar más afectado por los conflictos armados, sustentados dentro de las *nuevas amenazas* tales como la pobreza, el hambre, las pandemias, los flujos de población y el cambio climático, junto al auge del terrorismo internacional, el crimen organizado y el contrabando en sus más variadas facetas. Reforzado en datos estadísticos: según el *Heidelberg Institute for International Conflict Research* (HIICR, 2010), de los más de trescientos conflictos de todo tipo identificados durante la primera década del presente siglo, setenta y nueve se localizan en territorio africano (sólo superado por Asia-Oceanía). Dentro de los escenarios más complejos se hallan, Chad, Sudán (y la región de Darfur), Somalia, Malí, Nigeria, la República Democrática del Congo, entre los destacados, categorizándose el resto dentro de “crisis” o “conflictos de baja intensidad”.

África representa, en términos geopolíticos, un espacio sin una referencia de liderazgo interno y sometido a una ardua lucha, de perfil geoeconómico, entre los principales actores de la escena Internacional que pugnan por consolidar su influencia en la región. Esta marcada injerencia externa desnuda la falta de mecanismos regionales autóctonos con capacidad de gestión de conflictos y resolución de controversias, generando un flagelo aún mayor al debilitar el concepto de seguridad



humana¹, ligada indisolublemente al desarrollo social, cultural, político y económico. A esto podemos agregarle la exclusión étnica, religiosa o de género, que acaba condenando a poblaciones enteras a una exclusión transversal, a la inclusión en actividades ilícitas, explotación laboral, entre otros flagelos, al ver limitadas las posibilidades de llevar adelante una vida digna con mínimas garantías institucionales.

La referencia introductoria revela el desencadenante religioso como uno de los factores de desestabilización más influyentes y con proyección en el escenario al sur del Sahara. A partir de la decadencia relativa de los modernos Estados africanos, se explica el relieve promisorio que toman determinados disparadores de controversias que no hallan los mecanismos de “contrapeso” esperados tendientes a mitigar los rigores de una escalada de violencia aún mayor. Los procesos de democratización en el continente carecen de la madurez suficiente para hacer frente a situaciones que se gestaron aún antes de la conformación de los Estados y que se sumaron a la continuidad del autoritarismo y la exclusión de los Estados poscoloniales, referenciadas más abiertamente con el fin de la Guerra Fría.

Con todo esto lo que se dio fue un fuerte incremento de las desigualdades en todos los ámbitos de la vida pública de aquellos pueblos híbridos creados al son del designio europeo. Así, los procesos de democratización no estuvieron exentos de un fuerte contenido discriminatorio y xenófobo contra el “extranjero”, o incluso de leyes de desnacionalización que excluían a grupos y segmentos de la población del acceso a los recursos, participación política, educación, salud, etc. Una exclusión que se extendió a partir de la contribución lingüística que el colono inglés aportó en todo el continente. Las clases sociales ascendentes dentro de los Estados hallaron en el idioma inglés el camino a una mejor posición social, educación en Europa y el espacio estrecho donde se discutirían los hilos políticos de los nacientes conglomerados estatales africanos.

Ante la ausencia de un Estado constituido en base a la legitimación de su aparato coercitivo, presente en su rol de rector de la vida pública, las manifestaciones de violencia religiosa se dan con avanzada virulencia, aún en aquellos países donde la permeabilidad de este tipo de manifestaciones se supone un tema de mayor complejidad.

Los recientes hechos de violencia registrados en Egipto, más precisamente en El Cairo y Alejandría, previa a la navidad copta ponen en relieve el contenido beligerante detrás del fanatismo religioso, sobre todo dentro de las más representativas de las religiones en el continente, el Cristianismo y el Islam. Las Iglesias de los Santos de Alejandría aparecían en una lista publicada en internet de Al Qaeda que designaba a los sitios de culto coptos, en Egipto y en el extranjero, que serían víctimas de ataques terroristas. Este tipo de atentados puede generar un efecto “derrame” y, según los analistas, enfrentamientos comunitarios hacia el interior de los países receptores.

El fanatismo religioso radicaliza el contexto socio-político y reclama para sí el monopolio del terror y la coacción física, allí donde la presencia del Estado como garante de mínimas condiciones carece de peso específico en estas cuestiones. Un grupo islámico radical somalí, Al Shabab, ligado a la red de Al Qaeda, instó al presidente del Estado Unidos, Barack Obama, a convertirse al islamismo evitando de esa forma que su nación sufra atentados terroristas. Con el apoyo de varias milicias

¹ Entiéndase la misma, a grandes rasgos, como la referencia para cada persona del disfrute de un nivel de bienestar que le garantice la satisfacción de sus necesidades básicas y un nivel de seguridad que le permita librarse del temor por su propia vida.



armadas y combatientes extranjeros de Al Qaeda, Al Shabab lucha para derrocar al Gobierno de Transitorio de Somalia instaurado luego de los acuerdos de 2006.

Somalia no posee un gobierno efectivo desde 1991, cuando fue derrocado el dictador Mohamed Said Barre, y su territorio está controlado por milicianos islámicos, señores de la guerra tribales y en algunos casos simples vándalos. Las manifestaciones religiosas impregnadas de fanatismo, desembarcarán en países de la región como Burundi y Uganda, por apoyar al Gobierno de Transición con sus fuerzas armadas en Mogadiscio como parte de la Fuerza de Paz de la Unión Africana, en el rol de garante de la anarquía reinante.

Los enfrentamientos intercomunitarios han dejado en los últimos años cientos de víctimas del fanatismo religioso en la ciudad de Jos, al centro de Nigeria, y sus alrededores. Una región que delimita el norte, mayoritariamente musulmán, y el sur, de ascendencia cristiana. Un grupo de ascendencia islámica, la secta Boko Haram, reivindicó los recientes atentados a través de su sitio web y amenazó con continuar la “lucha contra los impíos y sus aliados”. El contexto de este tipo de tensiones intercomunitarias agudizadas se explica al tiempo que se acercan las elecciones el próximo abril en Nigeria, el país más poblado de África. Para muchos observadores, las tensiones internas son el resultado de un complejo entramado de disputas étnicas, religiosas, políticas y económicas. El colonialismo británico y su herencia de fronteras artificiales juegan también un rol importante en esta situación.

En la región de Jos, los Beroms y las otras etnias cristianas se consideran como los autóctonos de la región, mientras que los musulmanes de Huasas y Peuls, son percibidos como los “colonos”, aún cuando hayan llegado al centro del país desde hace varias décadas. Estos grupos étnicos se fusionaron para luego combatir a los Beroms, con el fin de tomar el poder político y económico de la región. Algunos observadores opinan que muchos referentes políticos han utilizado esta situación, incitando a las diferentes etnias a la violencia y reclutando a jóvenes sin empleo, excluidos socialmente y sumidos en la pobreza.

Lo que se desprende de este escenario, a futuro, es una disociación de los patrones socialmente aceptados, con la situación anterior a este brote de disputas religiosas con ribetes políticos. Un escenario que pone sobre la mesa la cuestión del divorcio entre el status quo reinante y la “división” del África religiosa, musulmana por un lado, y cristiano-animista por el otro, junto a las debilidades de un Estado atrofiado surgido del yugo poscolonial. El uso del camello permitió sortear el desierto y, junto con las rutas comerciales árabes, entre el año 600 y el 1500 de nuestra era, el Islam llegó a extenderse hacia el sur y el oeste, marcando una división religioso-cultural, a lo largo del norte de la línea del Ecuador y de la costa del océano Índico. Varios conflictos actuales, como el de Sudán o Nigeria, tienen un importante componente que bordea esta línea de tensión entre un norte islámico y un sur evangelizado por el cristianismo.

Estados dependientes desde el punto de vista exterior, y con un bajo índice de legitimidad en el plano interno. A groso modo, este Estado poscolonial funciona de manera excluyente y arbitraria, generando bolsas de población que han vivido al margen del gobierno experimentándolo como una figura represiva y excluyente.

En síntesis, con ello se desmonta la idea de que los conflictos africanos son nuevos, anárquicos y sin razón de ser, o están causados por la exclusión y el subdesarrollo. Los efectos sobre la población en general han sido nefastos. Desde los años '80 del pasado siglo, los niveles de desplazamiento alcanzaron un carácter masivo. Pero este no ha sido el único efecto: se han gestado políticas



restrictivas para los desplazados, producto de las disputas étnico-religiosas. Este factor de desestabilización es una clara señal de que los cambios se dan en tanto vectores de poder, y que la religión ante la ausencia de un Estado garante de las libertades básicas de expresión y representación, se erige como el elemento que suprime la ausencia de libertades políticas, representación de partidos opositores, libertades civiles, etc. Es una muestra más de que en el continente africano, las reglas de juego del poder político se dirimen en varias aristas y que, en este caso, el poder que trasciende detrás de una creencia religiosa puede generar un caldo de cultivo que es capaz de modificar el *status quo* reinante.

